

VIRAJES

PENSAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA. PERSPECTIVAS SOBRE LAS MOVILIZACIONES A PARTIR DE LOS AÑOS SETENTA.*

CAMILLE GOIRAND**

Recibido: 30 de agosto de 2012

Aprobado: 11 de septiembre de 2012

Artículo de Investigación

* Traducción autorizada del original publicado en: Revue Française de Science Politique, No. 3, Vol. 60, 2010, p. 445-466. Traductor: Andrés Ocampo Giraldo y Virginia Vecchioli.

** Profesora de Ciencia Política en la Universidad Paris III Sorbonne-Nouvelle, Institut des Hautes d'Amérique Latine. Investigadora asociada en el CERAPS (CNRS-Université Lille 2). Sus trabajos tratan sobre la sociología política del Brasil, en particular los comportamientos políticos de las clases populares. Asimismo, investiga actualmente sobre la protesta política durante el periodo de la dictadura en Brasil y sobre el compromiso asociativo y partidista. E-mail: cgoirand@wanadoo.fr

Hacia finales de los años sesenta, en el mundo occidental en su conjunto, se multiplicaron movimientos sociales a los que la sociología no tardó en reconocerles su “novedad”. Tanto Europa como Estados Unidos o América Latina vieron nacer “nuevos movimientos sociales”, que impugnaron el orden social en Europa occidental y en Estados Unidos a partir de 1968, o que fueron actores opositores a los regímenes autoritarios de Europa del Este y de América Latina a partir de finales de los años setenta y comienzos de los años ochenta. Si bien difieren en su organización y en sus reivindicaciones, los movimientos pacifistas o de defensa de los derechos humanos, los movimientos de mujeres, de homosexuales, de negros, de ecologistas, de vecinos presentan características comunes que incitaron a algunos sociólogos a construir una categoría de análisis distinta, aquella de los “nuevos” movimientos sociales. Sin embargo, dependiendo de los lugares y los períodos, son extraordinarias las especificidades propias de cada uno de los movimientos incluidos en esta categoría. En Estados Unidos, el movimiento por los derechos cívicos se desarrolló a partir de 1955¹; posteriormente este dio lugar a los movimientos identitarios más violentos de los años setenta, contruidos alrededor de la afirmación del orgullo y de la dignidad de ser negro, mientras que se endurecía la oposición a la guerra de Vietnam en las universidades. Al mismo tiempo, en América Latina, después del fracaso de la mayoría de las guerrillas marxistas-leninistas de inspiración cubana², cuya derrota simbólica estuvo marcada por la muerte del Che Guevara en Bolivia en octubre de 1967, las iglesias católicas de la teología de la liberación apoyaron las movilizaciones que, afirmando la dignidad de los pobres y de los humildes frente al poder político, contribuyeron a estructurar progresivamente las oposiciones a los regímenes militares. En Europa occidental, fue principalmente a partir de 1968 que se consolidaron diferentes movimientos, sobre todo feministas y ecologistas, mientras que el pacifismo conoció su apogeo en Alemania con las grandes manifestaciones de octubre de 1981, mientras que las “sociedades civiles” trataban de estructurar las oposiciones a los regímenes de las democracias populares, por ejemplo en Polonia desde 1981³. ¿Qué hay en común entre todos estos “nuevos movimientos sociales”? La aspiración común al cambio social y político no los distingue en nada de los movimientos sociales más clásicos y más antiguos, como los movimientos obreros, que, en su tiempo, también fueron portadores de valores y de proyectos alternativos de sociedad.

¹ Sobre la cuestión vinculada a la fecha de origen de este movimiento, ver las observaciones de McAdam (1988: 117).

² Ver, por ejemplo, Wickham-Crowley (1991: 82-109).

³ Ver, por ejemplo, Dalton y Kuechler (1990). Sobre el movimiento pacifista alemán, ver Walle (2003).

En realidad, detrás de la categoría de “nuevos movimientos sociales” se vislumbra una doble heterogeneidad, que una comparación entre Estados Unidos o Europa y América Latina permite esclarecer. En primer lugar, esta categoría se aplica a espacios políticos y sociales de una extrema diversidad. En América Latina la oposición se desarrolló en la mayoría de los casos en confrontación con regímenes autoritarios y represivos, en un contexto de desigualdades sociales crecientes y de crisis económica de gran magnitud. Además, el fracaso de las oposiciones armadas, asociado a un proceso de reevaluación del reformismo y de la socialdemocracia⁴, originó una recomposición de las izquierdas y de los sistemas de partidos y abrió así, un espacio político que no existía anteriormente para la expresión de la oposición salida de los movimientos sociales. Este contexto presenta diferencias evidentes con el de las sociedades liberales del Norte, que hacia finales de los años treinta habrían presentado un continuado crecimiento económico.

En segundo lugar, las perspectivas adoptadas a partir de los años setenta por las ciencias sociales de América Latina se distinguen claramente de aquellas que fueron privilegiadas entonces tanto en América del Norte como en el Viejo Continente. Si los observadores han recalcado en todas partes el tema de valores y las demandas de cambio social, sus análisis se han apoyado sobre marcos conceptuales bien diferentes. Desde los años sesenta, la sociología de las movilizaciones en Estados Unidos y en Europa ha conocido, de un lado, un crecimiento significativo de investigaciones empíricas que vino acompañado de la construcción de modelos de análisis innovadores y, por otro lado, de agitados debates entre los defensores de diferentes modelos de análisis y de investigación, oponiendo la perspectiva sobre la movilización de recursos a aquella de los “nuevos movimientos sociales”, presente sobre todo en Europa (Klandermans, 1986 citado en Fillieule y Péchu, 1993). Se generalizaron los cuestionamientos en torno al análisis estratégico y de la racionalidad de los actores⁵, de la movilización de recursos⁶ e incluso de la estructura organizacional de los movimientos sociales (Inglehart, 1977; Melucci, 1985).

La investigación sobre los movimientos sociales de América Latina fue particularmente importante entre los años 1980 y 1990, pero esta no fue sino un eco bastante débil de aquellos debates venidos desde Estados Unidos. No solamente la perspectiva sobre los “nuevos movimientos

⁴ Lo que evocaba, por ejemplo, Norbert Lechner desde los años ochenta en *Los patios interiores de la democracia: subjetividades y política* (1988).

⁵ Pensamos, sobre todo, a los trabajos de Mancur Olson (1992) o de J. G. March y Herbert Simon sobre la acción colectiva y las organizaciones (1988).

⁶ Ver, principalmente, Oberschall (1973), MacCarthy y Zald (1977) y Tilly (1978).

sociales” (NMS) fue omnipresente, sino que las otras visiones, ignoradas, no fueron prácticamente ni enmendadas, ni enriquecidas, ni discutidas. Al mismo tiempo, la sociología de los movimientos sociales de Europa occidental, después de haber forjado los análisis en términos de NMS, también debatió extensamente y luego retomó el aporte de trabajos generalmente producidos, inicialmente, en Estados Unidos⁷.

Esos debates, aunque trillados, e incluso fatigantes para una parte de los analistas de la acción colectiva y de la protesta, no han perdido su sentido hoy en día. En efecto, el recurso a las viejas categorías como aquellas de las identidades, de los valores o de los NMS podría parecer acabado, en la medida en que dichas categorías han sido tantas veces discutidas e inclusive pueden ser consideradas hoy como pasadas de moda. Sin embargo, estos “casos” nos parecen útiles para entender por qué, a propósito de América Latina, algunas de estas perspectivas dominaron mientras que otras fueron explícitamente y, con desdén, dejadas de lado. En efecto, hasta un periodo reciente, la sociología política desarrollada en el continente latinoamericano, aunque también presente, muy a menudo, en el caso de los latinoamericanistas de Europa o de América del Norte, estructuró su visión de las movilizaciones a partir de la problemática y de los retos asociados a la perspectiva de los “nuevos movimientos sociales”⁸. Un vistazo rápido al *corpus* bibliográfico de los trabajos publicados sobre las movilizaciones latinoamericanas podría darle una primera idea al lector, quien tendría que esmerarse mucho para encontrar allí referencias a trabajos tan famosos como los de Charles Tilly o Sidney Tarrow⁹. De este modo, la atención se enfocó sobre la relación entre el cambio sociopolítico y el nacimiento de estos movimientos, al mismo tiempo que sobre su supuesta “novedad”. Esta mirada ha sido inseparable del posicionamiento político y del compromiso de aquellos que lo asumieron, volviendo a la frontera entre sociología y acción política, muy difícil de identificar o prácticamente inexistente.

⁷ El objetivo de este texto no consiste en proponer una revisión de la literatura sobre los movimientos sociales y la acción colectiva desde los años sesenta. Es por eso que no son citados, en las notas siguientes, más que algunos autores o trabajos destacados, sin ninguna pretensión de exhaustividad. Las referencias propuestas aquí, así como las breves evocaciones sobre las temáticas de investigación, no constituyen entonces sino indicaciones alusivas.

⁸ Sobre este tema, a partir de los años 80, se desarrollaron numerosos trabajos sobre este tema que dieron lugar a publicaciones comparativas de gran amplitud. Por ejemplo, Álvarez y Escobar (1992). Entre los trabajos publicados fuera de América Latina y que optaron por perspectivas semejantes, ver especialmente aquellos dirigidos por David Slater (1985) y luego en dos dossier de la revista *Latin American Perspectives* [21(2) y 21(3), 1994]: “Social Movements and Political Change in Latin America”.

⁹ Para citarlos de manera arbitraria, por ejemplo, es el caso de los trabajos publicados por Elizabeth Jelin, Evelina Dagnino, Wilhem Assies, o inclusive por Fernando Calderón.

La observación de las movilizaciones, a propósito de los casos norteamericano o europeo, permite mostrar la importancia de las características organizacionales de los movimientos sociales, inclusive en los “nuevos”, contruidos alrededor de valores, como así también de su entorno y sus cambios. En América Latina, el análisis de las organizaciones suscitó menos interés que el del discurso, de las reivindicaciones o de los valores, que nos dirigen de manera más amplia a la significación política y social de estos movimientos. Sin embargo, tanto en el mundo Occidental como en América Latina a partir de los años setenta, la acción colectiva contestataria ha presentado especificidades comparables, ligadas a una organización a menudo fragmentaria, territorializada y asociativa¹⁰. De este modo, el descontento creado por los “nuevos” movimientos sociales se construyó, generalmente, fuera de los espacios tradicionales de la movilización, sobre todo aquellos del trabajo, tanto aquí como allá. Frecuentemente evocada, esta temática ha sido, en el caso de América Latina, más objeto de afirmaciones generales que de investigaciones sistemáticas¹¹.

En un primer momento, el objetivo de este artículo consistirá en subrayar esta ausencia de concordancia, de un continente al otro, entre los debates y los enfoques científicos, sobre un objeto sin embargo cercano. El objetivo no es tanto proponer una comparación sistemática, sino interrogarse sobre la ausencia de referencias a la movilización de recursos. Algunas tentativas de explicación, a manera de hipótesis, serán propuestas a continuación. Finalmente serán indicados, no solo los caminos tomados en la actualidad a partir de esta divergencia científica, sino también los riesgos que ella puede significar para la comprensión o la interpretación de las movilizaciones en América Latina¹². En particular, evocaremos el debate abierto por la actual institucionalización de los movimientos sociales en este continente; debate cuyos límites permiten subrayar la urgencia por renovar los modelos disponibles en la actualidad para observar los movimientos sociales de América Latina. Revisitar la manera como han sido pensados y observados desde los años setenta constituye, a nuestro juicio, un paso esencial y necesario para el análisis y la comprensión de las movilizaciones que se desarrollan allí a partir de los años dos mil: *piqueteros* en Argentina desde 1996, movimientos indígenas posteriores al primer *Levantamiento indígena* en Ecuador en 1990, la creación del Movimiento al

¹⁰ En Francia, esta cuestión ha sido abordada, por ejemplo, por Barthélémy (2000); o por Jacques Ion (1997). Es lo que hemos constatado también para la década de los noventa en un campo empírico totalmente diferente como el de Río de Janeiro. Ver Goirand (2000).

¹¹ Notemos algunas excepciones como en los trabajos de Paulo Sérgio da Costa Neves (1999).

¹² Aquí, son considerados los trabajos que tienen por objeto las movilizaciones en América Latina, ya sea que hayan sido producidos tanto en el lugar como fuera y ya sea por latinoamericanos o no.

Socialismo (MAS) en 1999 en Bolivia, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, cuyas movilizaciones se intensificaron después de las represiones violentas de 1995 y 1996¹³, oposiciones transnacionales al proyecto de Zona de Libre Comercio de las Américas o al Plan Puebla Panamá entre 2001 y 2004, movilizaciones postelectorales y oposición a la apertura del capital de la PEMEX en México después de 2006, movimiento regionalista en el oriente de Bolivia, peticiones de depuración del pasado y de reapertura de los procesos judiciales en Argentina y Chile a partir de 1998... tantas movilizaciones para observar, que ameritan, desde nuestro punto de vista, una revisión de los modelos de análisis disponibles¹⁴.

La observación de los “nuevos movimientos sociales”, desde Europa a América Latina

El “basismo” en América Latina de los años setenta a noventa

Para evocar las movilizaciones en América Latina, el término “movimiento popular” ha sido preferido al de “nuevos movimientos sociales”. Designando con esos términos al mismo tiempo a las organizaciones de clases medias como a las obreras y campesinas o, incluso, a aquellas de los habitantes de los barrios populares y humildes; mediante su uso, militantes e investigadores evocarían la idea de una construcción del tejido social “por lo bajo”. La noción de “popular” resultó preferida a aquellas de “proletariado” o de “pueblo”, ya que ellas conducen menos hacia una representación de las sociedades en “clases”, definidas por una posición en el sistema de producción, que hacia su estructuración en términos de poderes, pero también de representaciones. Si “popular” hace a veces el papel de sinónimo de “pueblo”, es sobre todo en el sentido de “pobres”, ocupantes de una posición baja en la jerarquía social de los poderes y de los ingresos; es a esto a lo que conduce de manera explícita la expresión inglesa “grassroot”. La expresión “movimiento popular de base” designa así las movilizaciones principalmente llevadas a cabo por ciudadanos pobres, a veces por los campesinos, cuyas reivindicaciones muy heterogéneas se organizaron alrededor de cuestiones como las condiciones de vida, los servicios públicos y los derechos sociales¹⁵.

¹³ Ver Ondetti (2006).

¹⁴ El presente texto adopta en general un modo de datación amplio. Hace referencia a periodos definidos por décadas, más que a hechos claramente fechados, ya que no se pretende reconstituir una cronología. En efecto, el análisis presentado aquí no trata ni sobre movilizaciones precisas, ni sobre ningún sistema político en particular, sino más bien, trata sobre la manera como ellos fueron analizados.

¹⁵ Willem Assies (1994) muestra cómo los enfoques sobre las movilizaciones se estructuraron alrededor

El surgimiento del “basismo” en América Latina se inscribió en un doble proceso. Primero, la liberalización de los sistemas políticos a partir de fines de los años setenta hizo posible la expresión de demandas. Pero sobre todo, estas últimas se apoyaron sobre la construcción de un marco de comprensión y de interpretación de las desigualdades sociales y políticas, llevado adelante por los movimientos “de base” que redefinieron las privaciones de derechos sociales como discriminaciones ilegítimas¹⁶. Debatido sobre qué sentido dar a las desigualdades sociales y políticas, estas movilizaciones contribuyeron a un trabajo de reinterpretación de las injusticias. La acción colectiva de base se apoyó, de un lado, sobre la politización de cuestiones concretas e inmediatas como el alojamiento o la infraestructura urbana; de otro lado, sobre la percepción de la comunidad de posición de los grupos populares frente a necesidades o falencias, *carencias*, es decir, sobre la construcción de un “marco de injusticia” a través de la toma de conciencia de la ilegitimidad de la privación. La noción de “espoliación urbana”, propuesta, en ese entonces, por el brasilero Renato Boschi, designa así la injusticia de la posición ocupada en las ciudades por las poblaciones menos favorecidas, cuya marginalidad fue así asociada a la negación ilegítima de derechos (Boschi, 1987)¹⁷.

Recordar algunos elementos nos permitirá aportar precisiones rápidas sobre el proceso histórico de construcción de estos movimientos. A partir de finales de los años setenta, en la totalidad del continente, los movimientos de oposición se organizaron en el seno de los medios populares, en diferentes sectores: guarderías asociativas, cooperativas alimentarias u hoyas populares, generalmente organizadas por mujeres; protestas contra el costo de la vida y demandas de acceso a la atención médica en Brasil; oposición a la política de destrucción de las barriadas suburbanas a partir de 1977; demandas de reconocimiento de la propiedad de la tierra por parte de los habitantes de lotes urbanos no regularizados o por grupos indígenas en zonas rurales o, incluso, por el Movimiento de los Sin Tierra a partir de 1981 en Brasil. En el seno de las clases medias, otros movimientos pusieron el acento en problemáticas diferentes, como los movimientos de defensa de

de ésta noción de “movimiento popular. En la medida en que toman en cuenta la composición social y las demandas de las movilizaciones, estas definiciones son más restrictivas que aquella propuesta, por ejemplo, por François Chazel en 1992. Él definía un “movimiento social” como una “empresa colectiva de protesta y de oposición que aspira a imponer cambios - de una importancia variable - en la estructura social y/o política por el recurso frecuente - pero no necesariamente exclusivo - a medios no institucionalizados” (1975).

¹⁶ David Snow et al. mostraron que los miembros de un movimiento social realizan un trabajo de definición de una situación que reposa, en parte, sobre su interpretación como inaceptable, cuestionable, injusta: “Al dar sentido a los acontecimientos, las disposiciones del espíritu permiten organizar la experiencia y guiar la acción, sea individualmente o colectivamente” (1986, pág. 464).

¹⁷ Para la noción de “marco de injusticia”, ver William Gamson et al. (1982).

los derechos humanos en los países del Cono Sur; como los movimientos feministas que dieron prioridad a los derechos reproductivos y a la paridad en la política; o incluso el movimiento de denuncia del fraude electoral en México...¹⁸.

Varios factores pueden ser evocados para explicar el ascenso de estas movilizaciones en este periodo. En primer lugar, el papel de las iglesias católicas fue fundamental para la estructuración de las oposiciones a los regímenes autoritarios, pero también para la formación y la politización de los jóvenes militantes que pusieron en marcha las organizaciones locales del movimiento social. A partir de 1968 y de la conferencia de los obispos latinoamericanos de Medellín que, en agosto de ese año, asumió "la opción por los pobres", las iglesias nacionales abrieron un espacio de oposición política, inexistente hasta entonces. En parte bajo la influencia de la teología de la liberación, las iglesias católicas participaron, primero en la construcción y luego en el sostén de las reivindicaciones de las poblaciones indígenas, al tiempo que algunos de sus miembros confirmaban su apoyo activo a las guerrillas, como en el caso del obispo Ernesto Cardenal, en primer lugar, miembro activo de la organización sandinista, luego ministro de la Cultura de Nicaragua entre 1979 y 1987. Tanto en las barriadas de las grandes ciudades como en las zonas rurales más pobres, los sacerdotes suscitaron la politización de los militantes y ayudaron a estructurar sus primeras acciones¹⁹. Las comunidades eclesiales de base (CEB), espacios de reunión y de discusión organizados por sacerdotes cercanos a la teología de la liberación, constituyeron espacios de socialización y de politización que contribuyeron ampliamente a impulsar los valores de participación, de respeto y de justicia, muy presentes en el "basismo" de los años ochenta, en particular en el seno de los movimientos barriales, como lo señalaba Paulo Krischke en 1991²⁰.

En segundo lugar, la asociación entre la liberalización progresiva de una parte de los regímenes autoritarios, el agotamiento de las ideologías y de los grupos revolucionarios que defendían la lucha armada y la crisis económica que se desencadenó brutalmente a partir de 1982 explica que

¹⁸ Sobre los feminismos y los derechos reproductivos, ver Bérengère Marques-Pereira, Florence Raes (2002). Sobre el movimiento contra el fraude electoral en México, ver Hélène Combes (2004, pág. capítulo 1). Para un panorama amplio de las movilizaciones de la década de 1980, ver Susan Eckstein (2001).

¹⁹ Con ocasión de nuestras propias investigaciones sobre las trayectorias individuales de los dirigentes asociativos en Rio de Janeiro, y luego sobre aquellas de los militantes del Partido de los Trabajadores en el Nordeste de Brasil, constatamos la frecuencia de la socialización política en el seno de las organizaciones católicas como la Pastoral de las favelas o la Pastoral rural, en los años 1970. Para una comparación del papel de las iglesias católicas según los países, ver Daniel Levine y Scott Mainwaring, (2001).

²⁰ "El proceso de resocialización iniciado por las CEB ha constituido la base de las motivaciones que han impulsado la acción y la conciencia democrática de los dirigentes vecinales" (Krischke, 1991).

las movilizaciones hayan inaugurado nuevas formas de organización aun cuando presentan una fuerte heterogeneidad. Estas transformaciones se tradujeron primero en una fragilización, luego en el desmantelamiento de los corporativismos del Estado, que habían constituido durante largo tiempo los instrumentos de control de las movilizaciones por los dirigentes de los regímenes nacionales-populares²¹. En paralelo, las asociaciones y las ONG se convirtieron en canalizadores importantes de la participación social y política para las clases medias y populares, a menudo apoyadas por miembros de las profesiones liberales como trabajadores sociales y educadores, abogados o médicos.

Para este período, Susan Eckstein destacó la coexistencia de repertorios de acción colectiva fuertemente diversificados. Ella distingue, de un lado, las protestas del hambre, los robos y las invasiones de tierras y, de otro lado, las huelgas organizadas por los grandes sindicatos, los grandes *meetings* políticos, incluso el compromiso dentro de los nuevos partidos de izquierda como el PT brasileño o el PRD mexicano. Para explicar esta oposición, Susan Eckstein estima que las formas adoptadas por la protesta dependieron, en los años ochenta, del grado de industrialización, de la estructura del sistema sindical y de las desigualdades sociales, así como del grado de apertura del sistema político, en cada país del continente. Ella mostró cómo la politización de las demandas varía según la posición social ocupada por los grupos movilizados. Así, fueron las clases medias y superiores las que condujeron las reivindicaciones institucionales y las demandas de democratización política, mientras que las clases populares dieron prioridad a los asuntos económicos y a las condiciones de vida. Estas diferencias encontraron una traducción en los repertorios de acción colectiva disponibles para esos diferentes grupos. A partir de los ejemplos de Bolivia, Perú o México, Susan Eckstein muestra que los grupos populares, dominados desde un punto de vista económico, tuvieron una tendencia más marcada que los demás a organizar la protesta “en las calles”, en la medida en que su capacidad a influenciar la política reposaba sobre movilizaciones sobre el terreno más que sobre mediaciones formales, por ejemplo partidarias (Eckstein, 2001: cap. 1). Marcando su desacuerdo con la perspectiva de clase adoptada por Susan Eckstein, David Slater subrayaba en 1994 ciertas especificidades de las luchas llevadas a cabo por los grupos populares en América Latina, que daban una dimensión fuertemente territorial y social al compromiso democrático, más allá de la arena electoral (Slater, 1994).

²¹ Para un análisis comparado del pasaje de los corporativismos del Estado a los sistemas pluralistas ver (Oxhorn, 1998; Levitsky & Mainwaring, 2006).

¿Algunas “novedades”? Sociología de los valores y de las identidades.

En relación a Europa y América del Norte, la observación de los movimientos sociales de los años sesenta a ochenta se organizó alrededor de algunas cuestiones principales, cuya presencia es irregular en América Latina: primero, aquella de sus recursos y de sus estrategias; luego, aquella de los valores fundadores de las reivindicaciones y de su relación con el cambio social; finalmente, aquella de la heterogeneidad y de la fluidez de las organizaciones de acción colectiva y del espacio social ocupado por las movilizaciones. En efecto, en una primera aproximación, la “novedad” de estos movimientos sociales pareció residir en sus características a la vez organizacionales e ideológicas. Menos estructurados que los movimientos obreros tradicionales, afirmando su voluntad de autonomía con respecto al Estado, a los partidos y a la mayoría de los sindicatos, no se fundaban exclusivamente sobre las relaciones de producción o de clase sino que cuestionaban también el orden social existente sobre el fundamento de reivindicaciones no materiales. Este enfoque, por los valores y por las identidades fue adoptado ampliamente por los analistas de América Latina, fuertemente inspirados por las categorías surgidas de la perspectiva de los “nuevos movimientos sociales”. La observación de estas movilizaciones puso así el acento sobre el cambio de los valores y de las divisiones sociales dominantes que ellos expresaban, así como sobre la afirmación de identidades específicas que ellos promovían.

En primer lugar, algunos analistas europeos y norteamericanos de los nuevos movimientos sociales recalcaron su vinculación estrecha con los procesos de transformación de fondo de las sociedades occidentales y las especificidades de los modos de organización de estas movilizaciones, a veces inestables, a menudo localizadas y fragmentarias, la mayor parte del tiempo situadas a distancia de las formas tradicionales de compromiso. Según la perspectiva abierta por Ronald Inglehart (1984), la característica esencial de estos movimientos estuvo constituida por el acento puesto sobre valores como la identidad, el reconocimiento social, el respeto del individuo, los derechos humanos, las condiciones de vida, así como por la prioridad acordada a las demandas de participación en la toma de decisiones. Mientras que las reivindicaciones materiales, y en particular la cuestión salarial, perdieron en parte su centralidad a partir de estas movilizaciones, estas últimas, al mismo tiempo, contribuyeron a politizar la vida cotidiana y las relaciones sociales, constituyéndolas en objeto legítimo de reivindicación. Alrededor de cuestiones ligadas, por ejemplo, a la protección del medio ambiente, al género, a las relaciones sexuales o a la moralidad, estas

reivindicaciones apuntaron a temáticas directamente políticas como la de las libertades de expresión y de asociación, del reconocimiento de los derechos sociales y de la lucha contra las discriminaciones.

Ronald Inglehart mostró así que el punto común y la “novedad” de estos movimientos sociales reposaban sobre una aspiración a la construcción de una nueva sociedad, sobre el rechazo de los valores materiales asociados a la producción, al ingreso o al consumo, y sobre la afirmación de valores tales como la autonomía y las libertades del individuo. Esos movimientos, cuya composición social heterogénea no impidió un cierto predominio de las clases medias²², fueron cimentados por construcciones identitarias que pretendieron romper con las pertenencias de clase para dar un lugar central a las identidades transversales como el género, el color de la piel o las prácticas sexuales. Alrededor de esas identidades, la búsqueda de la autoestima y de la dignidad, así como los discursos participativos, constituyeron los temas fundadores del compromiso (Offe, 1985). Según los trabajos muy citados de Ronald Inglehart, la consolidación de estos tipos de movilización expresa la redefinición de las rupturas fundamentales de las sociedades contemporáneas²³. Este autor mostró también que la dimensión que opone el materialismo al postmaterialismo podía dar cuenta, a partir de los años sesenta, de la inclusión en la agenda política de nuevos temas, hecho que estaba asociado, a la vez, con los realineamientos de los partidos políticos. Así Ronald Inglehart mostró cómo, en Europa occidental, “la ascensión del postmaterialismo colocó a los alineamientos partidarios bajo una tensión crónica”, imponiendo una reestructuración de los sistemas de partidos –cambios cuyas características son bien conocidas hoy al menos en lo que concierne a Europa occidental– (Inglehart, 1984: 68)²⁴.

²² Las investigaciones llevadas a cabo por Ronald Inglehart indican con claridad que los grupos que defienden los valores post-materialistas están en su mayoría compuestos por individuos que siempre han conocido la seguridad física y económica. A la luz de esa constatación, las divisiones que atraviesan ciertos movimientos sociales latinoamericanos encuentran un primer factor de explicación. Por ejemplo, en el seno de los feminismos, la oposición es evidente entre las aspiraciones defendidas por las mujeres de clases medias y superiores, que tienen bien relación con el post-materialismo y las reivindicaciones formuladas por los grupos surgidos de las clases populares, mucho más materiales e inmediatas. Puede distinguirse, por ejemplo, la defensa de la paridad en política y la lucha contra las discriminaciones de género, de un lado, y las demandas de mejoramiento de los cuidados maternos e infantiles o de los sistemas de guardería de infantes, de otro lado. Ver Marques-Pereira & Raes (2002).

²³ Según él, “el hecho que estos movimientos hayan ocupado el centro de la escena de la política contemporánea refleja un desplazamiento importante en las prioridades de las poblaciones occidentales en términos de valores” (Inglehart, 1984, pág. 26).

²⁴ Se trata de una tesis discutida por ejemplo por Peter Mair, Wolfgang Müller y Fritz Plasser (2004). Notemos que los sistemas partidarios de América Latina vieron la emergencia de nuevos partidos social-demócratas en los años ochenta y luego su consolidación en los años noventa. Con sus victorias electorales de los años dos mil, una parte de sus dirigentes reafirmó su apego a los valores que habían fundado las movilizaciones de las décadas precedentes, con la instalación de instituciones de la democracia “participativa”.

En segundo lugar, los analistas de América Latina han acompañado a menudo a sus colegas europeos en la atención otorgada a la estructura heterogénea, inestable e incluso fluida de las movilizaciones. Según las palabras de Alberto Melucci, estas han generado la construcción de amplios “espacios de movimiento”, en el seno de la “nebulosa de bordes imperfectos” de los simpatizantes ocasionales, mucho más extendida que el corazón bastante restringido de los activistas comprometidos²⁵. Apoyada sobre organizaciones descentralizadas y poco rígidas, la participación en los nuevos movimientos sociales presentó un carácter cambiante, poco homogéneo, a menudo informal o discontinuo, marcado por el rechazo de los sistemas dominantes de representación de los intereses. Estos movimientos sociales descansaron así sobre una multiplicidad de microorganizaciones, de asociaciones de proximidad, de “unidades diversificadas y autónomas” de carácter “disperso, compuesto, fluido”, ocupando un espacio social “con fronteras inciertas y densidad variable” (Melucci, 1983). Sobre el fundamento de demandas, a veces muy localizadas, formuladas por cada organización, así como sobre aquel de la circulación de individuos y de grupos en el seno de sistemas de movilización entrecruzados, se fue constituyendo poco a poco un amplio “espacio de movimiento”²⁶.

En el seno de estos espacios, constituidos de redes informales y fluidos que vinculaban entre sí individuos y microorganizaciones locales, los acercamientos estratégicos o la simple solidaridad permanecieron a veces limitados, casi problemáticos. Según este análisis, la influencia de ese tipo de movilizaciones sobre los sistemas sociales y políticos se ejerció de manera muy indirecta, por medio de la difusión aleatoria de modelos de comportamiento comunes o de representaciones compartidas. En esta perspectiva, Alberto Melucci definía, a mediados de los años ochenta, a los movimientos sociales como “sistemas de acción y de oportunidades, y campos de posibilidades y de límites”²⁷. De manera general, detrás de la cohesión aparente de un movimiento social, las motivaciones, las representaciones y los comportamientos colectivos están marcados por el carácter heterogéneo, incluso contradictorio de los modos de acción política,

²⁵ Esta expresión es tomada de Alberto Melucci (1983). La noción de espacio de movimiento fue retomada y profundizada por Mathieu (2002).

²⁶ Según esta perspectiva, el espacio de movimiento “engloba no solamente las organizaciones “formales” sino también la red de las relaciones “informales” que une a los individuos del centro entre sí y los grupos al espacio más amplio de los participantes y de los “usuarios” de servicios y de bienes culturales producidos por el movimiento” Alberto Melucci (1983, pág. 14).

²⁷ Para Alberto Melucci, incluso, “lo que se nombra de manera empírica como un “movimiento social” es un sistema de acción que comunica entre ellas orientaciones y significaciones plurales”, inclusive divergentes (1985, pág. 794).

en particular en el contexto de los sectores populares²⁸. Así la puesta en forma política de estas acciones a menudo heteróclitas puede presentar un carácter aleatorio.

En la misma época, Jean-François Bayart recalca, a partir de una perspectiva diferente y a propósito del África, que el peso no despreciable de los movimientos sociales “de abajo” imponía la pregunta sobre “la unificación problemática de esos modos de acción heterogéneos y puntuales en un movimiento social que cubría la superficie del sistema de acción histórico” (Bayart, Mbembe y Toulabor, 1992: 83). En relación a la América Latina de los años dos mil, las movilizaciones, como por ejemplo de los *piqueteros* argentinos desde 1996, confirman esta organización en “nebulosa”, continúan siendo actuales la problemática de la unificación del movimiento social y de su sentido político²⁹. Denis Merklen mostró que la heterogeneidad y la territorialización de este movimiento se asocian a la difusión de un conjunto de representaciones y de prácticas políticas que dibujan una nueva “politicidad” de las clases populares (Merklen, 2006)³⁰. El movimiento social saca aquí su unidad del hecho de que individuos y grupos que gravitan en un mismo sistema de acción, es decir que persiguen objetivos comunes, comparten símbolos, confirman una identidad común y circulan en un espacio militante compartido. A pesar de la fragmentación de las organizaciones y de los símbolos, los intercambios individuales y las reuniones puntuales fundan entonces una unidad inestable, a la vez de representaciones y de redes sociales de interacción.

Si se acepta seguir esta perspectiva, las asociaciones de los barrios pobres de Brasil de los años ochenta son constitutivas de un verdadero movimiento social. En efecto, en un primer análisis, el observador es sorprendido por la gran heterogeneidad de modos de acción política de sus dirigentes, por la ausencia de unidad en esta nebulosa asociativa y por la imposibilidad de identificar su impacto político (Goirand, 2000). El recurso a la noción de “sistema de acción” permite, justamente, rendir cuenta de ello. Los vínculos interindividuales tejidos entre esas microorganizaciones, su representación común de su posición en la ciudad, los usos comunes de los discursos del derecho y de la justicia social o, incluso, el recurso a un repertorio compartido de acción colectiva, permiten evocar aquí un movimiento social.

²⁸ Es lo que pudimos constatar en los suburbios de Rio de Janeiro, en los años 1990 (Goirand, 2000, pág. Capítulos 9 y 10).

²⁹ A propósito de ese movimiento, ver los trabajos de Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (Svampa & Pereyra, 2003).

³⁰ Por “politicidad”, el autor designa formas de acción colectiva, construidas por las clases populares, que se relacionan a la vez con estrategias de supervivencia, de protesta contra las instituciones y la clase política, y con la participación política democrática.

De manera más general, los movimientos sociales que se afirmaron en América Latina a partir de finales de los años setenta fueron presentados como “nuevos” y comparados a aquellos del Norte, en razón de su proximidad con el postmaterialismo y de su recurso a los discursos contruidos alrededor de las demandas de dignidad y de respeto, de rechazo a las discriminaciones y a la invocación de la “participación”. Pero, esos movimientos latinoamericanos se distinguieron también por reivindicaciones prioritariamente concretas y materiales, por una composición social popular, así como por sus efectos limitados sobre los alineamientos partidarios, inclusive hasta los años dos mil³¹. El punto común entre estas diferentes movilizaciones, que incumbe a su estructura y a su modo de organización, fue finalmente considerado como secundario para la construcción de los análisis. En efecto, la inestabilidad, la fragmentación y la heterogeneidad de los movimientos latinoamericanos han sido más cuestionadas que observadas de manera sistemática, por ejemplo en términos de recursos, de modos de acción o de oportunidades. Además, la atención, habiéndose inclinado hacia la cuestión de los valores y de las identidades, se desvió del contenido material de las reivindicaciones, aun cuando estas constituyeron un factor estructurante esencial en la mayoría de las movilizaciones³². Es así que, en el contexto político y científico de la construcción de los gobiernos representativos, el análisis de estos movimientos sociales tomó un camino diferente del que siguió en otros lugares.

Las ciencias sociales latinoamericanas frente a los nuevos movimientos sociales

Muy citados por los latinoamericanistas, al lado de Alberto Melucci, Manuel Castells o Claus Offe, los trabajos de Jürgen Habermas de un lado, y, los de Alain Touraine del otro, marcaron en forma duradera a las ciencias sociales y, en particular, la investigación sobre los movimientos sociales de América del Sur. Sobre todo esta hizo énfasis en la evaluación de su potencial “transformador”, en el análisis de su relación con la estructura social de las economías dependientes y sobre su oposición a los aparatos de los Estados autoritarios. Alain Touraine dudaba de la existencia de

³¹ Es lo que han realizado varias publicaciones recientes sobre las izquierdas en América Latina: monográfico “Gauches de gouvernement, gauches de rejet”, Problèmes d'Amérique Latine (2004-2005); monográfico “État des lieux des gauches en Amérique latine”, Revue internationale de politique comparée (2005).

³² Es lo que demuestran muy claramente Timothy Wickham-Crowley y Susan Eckstein (2010, págs. 29-52).

“movimientos” urbanos, en la medida en que no se apoyaban en ninguna organización unitaria, no participaban en la construcción de una conciencia de clase y no podían entonces, a su juicio, promover un cambio político profundo (Touraine, 1985, 1988). Junto con esta reflexión sobre los límites del cambio político derivado de estos movimientos, la investigación sobre los movimientos sociales en América Latina se organizó en torno a la cuestión de la autonomía con respecto a las estructuras sociales y políticas del autoritarismo. Y es sobre el fundamento de esta cuestión que se propuso evaluar la capacidad de los mismos para cambiar los sistemas políticos y las sociedades.

La cuestión de la autonomía

Las represiones llevadas a cabo por los gobiernos autoritarios a partir de los años sesenta³³, el fin de las guerrillas castristas y la fragilización de los partidos comunistas no solo dejaron un vacío político a la izquierda, sino que también han estado asociadas a la desconfianza hacia los actores de las movilizaciones frente a los corporativismos de Estado, a los populismos y, más ampliamente, a toda tentativa de “instrumentalización”. Este contexto llevó a las organizaciones del movimiento social a presentar la autonomía, no solo como una estrategia sino también como un valor en sí misma. A menudo hostiles a las organizaciones tradicionales de movilización, en particular a los sindicatos y a los partidos políticos, los movimientos asociativos valorizaron las organizaciones presentadas como “comunitarias”. En gran medida, la sociología política latinoamericana se apropió de esta cuestión. La atención se orientó prioritariamente hacia la relación entre movimientos sociales e instituciones políticas, la autonomía fue presentada no solamente como una especificidad de los “nuevos movimientos”, como un objetivo propuesto por sus propios actores, sino también como una necesidad política. En busca de una vía alternativa entre autoritarismo, populismo y revolución, muchos analistas vieron en los movimientos autónomos de la sociedad civil una fuente posible de innovación social³⁴. En general, se privilegió el debate sobre las cuestiones concernientes a los movimientos sociales en sí mismos; debate impuesto por la urgencia del momento político, en el cual los intelectuales estaban inmersos y se dejó de lado el cuestionamiento, la observación y las perspectivas abiertas en otros lugares por las teorías de las movilizaciones. Tres asuntos fueron los que dominaron. Primero, la participación política

³³ Para indicaciones históricas precisas ver Olivier Dabène (1994).

³⁴ Como Judith Hellman (1992); o incluso de Eder Sader (1991).

fue objeto, a la vez, de reivindicación por parte de los movimientos sociales, así como de propuestas para la renovación de la acción pública local; son escasas las observaciones desprovistas de una perspectiva normativa sobre la temática. En segundo lugar, la voluntad de los movimientos sociales de cuestionar las mediaciones tradicionales operadas por los partidos y los sindicatos fue pensada como un factor necesario a la democratización de las prácticas políticas. Y por último, la organización de los movimientos sociales sobre un fundamento local reforzó los discursos sobre las “comunidades”; discursos difundidos, a la vez, por los actores locales, por los poderes públicos en varios niveles y por los observadores.

Según Ruth Cardoso en 1983, cuyo análisis nos parece bastante representativo, la apuesta que representan estos movimientos, en ausencia de objetivos revolucionarios explícitos o al menos de reivindicaciones democráticas explícitas, no residía en una transformación radical de los sistemas políticos y de las sociedades, sino en el proceso de inclusión política al que contribuían.

Dada su dimensión reivindicativa, los movimientos barriales no parecen capaces de grandes transformaciones, pero si los miramos como la expresión de una nueva identidad, es posible pensar que se van a convertir en una nueva pieza en el juego político (Cardoso Correa Leite, 1983).

Las cuestiones identitarias

La evaluación del cambio introducido por los movimientos “de base” puso el énfasis entonces sobre su aporte en términos no tanto políticos como socioculturales. Su inscripción en el espacio de las sociedades civiles y su autonomía de cara a los poderes políticos fue así entendida como fundada sobre una afirmación identitaria, así como por su capacidad para inventar nuevas relaciones sociales en la vida cotidiana. Según los análisis propuestos por Willem Assies o Tillman Evers, por ejemplo, esos “fragmentos de nuevas prácticas sociales”, participaron en la construcción de una dignidad emancipadora para las categorías populares, cualquiera que haya podido ser la fragilidad de sus organizaciones. “La esencia de esos movimientos es, en mi opinión, su capacidad para generar una nueva subjetividad social; nueva tanto por su contenido como por la conciencia de ella misma”, estimaba Tillman Evers en 1985. Según esta perspectiva, esas movilizaciones descansaron sobre la afirmación de un conjunto de valores nuevos en política, como la igualdad, la ciudadanía o la participación, apoyadas en la construcción de autoestima para sus participantes.

Mientras que los actores locales de los movimientos sociales rechazaban la mayoría del tiempo ir más allá de una formulación material,

concreta y territorializada de sus demandas, sus observadores prefirieron resaltar su contenido ético implícito, conjugado en una triple demanda: reconocimiento de la dignidad de los pobres, adopción de derechos sociales y participación ciudadana. El conjunto suscitó una proliferación de discursos sobre la ciudadanía y la participación, apoyada en una sociología del sujeto, que vio en los movimientos sociales “de base” un factor de afirmación de los pobres como “sujetos” sociales autónomos y portadores de derechos. Por ejemplo, en 1994, Evelina Dagnino consideraba que los nuevos movimientos sociales contribuían a “la invención de una nueva sociedad” y a la construcción de una “nueva concepción de la ciudadanía” (1994, 2003); y que la afirmación acerca del “derecho a tener derechos” había “servido de fundamento al surgimiento de un nuevo sujeto social [...] que lucha por el reconocimiento”. Asimismo, en 1989, Eder Sader anunciaba la entrada en escena de “nuevos sujetos políticos” autónomos e independientes (Sader, 1991)³⁵. Fue en esta perspectiva, inspirada en los trabajos de Jürgen Habermas, que estos movimientos sociales fueron considerados como participantes en la democratización de las sociedades, ya que ellos hacían posible la circulación de las ideas en el seno “de un espacio público no controlado por el poder”, donde las “prácticas asociativas formaron el substrato social de la esfera pública” (Habermas, 1993: XXXI).

Marcada por la búsqueda de “otra” democracia, entre el liberalismo y el marxismo, por la urgencia de la reflexión sobre los derechos y por una fuerte tradición de intervención política de los intelectuales, la sociología de América Latina adoptó un enfoque interpretativo, que no fue completado sino muy recientemente. Por ejemplo, en 2003, Evelina Dagnino todavía remarcaba los aspectos culturales de la construcción ciudadana, si bien ya destacaba el carácter estratégico de los discursos de la ciudadanía³⁶. Trabajos más recientes sobre la “construcción” de las identidades, inclusive sobre la invención de la memoria y de los orígenes se desmarcaron de este enfoque, para mostrar cómo ellas han estructurado las estrategias de movilización desde los años ochenta. Es el caso, como lo mostró Jean-François Vèran, de los campesinos del interior de Brasil que, ya movilizados en el seno de sindicatos, se descubrieron descendientes de esclavos cimarrones en los años noventa después que la Constitución hubiera reconocido un derecho a la propiedad de la tierra para esta categoría de población. Los campesinos

³⁵ Hasta hoy, los análisis en términos de sujeto, de identidad y de cultura permanecen muy presentes, como en el análisis propuesto por Alicia C. S. Swords (2007); o incluso en Manuel Antonio Garretón (2002).

³⁶ No llegando hasta la evocación de un recurso, ella reconoce que “la referencia a la ciudadanía procuró un fundamento común y un principio de articulación a una inmensa diversidad de movimientos sociales”, para los -cuales ella constituyó “un instrumento útil” y “un poderoso vínculo” (Dagnino, 1994, págs. 3-4).

bolivianos entendieron también todo el interés que para ellos tendría el hecho de movilizarse como indígenas, después de varias décadas de movilizaciones sindicales (Véran, 2005).

La producción de las ciencias sociales, entre la observación y la intervención

Si los sociólogos de América Latina no han sido todos ellos militantes, su producción ha sido a menudo el eco directo de las luchas y de las demandas formuladas por los movimientos sociales. En el momento de los cambios de régimen, valorizar las cuestiones políticas representadas por las movilizaciones ha significado a menudo hacer un llamado a la democratización de las instituciones y a la puesta en marcha de procedimientos participativos³⁷. Como lo remarcaba en 1983 la socióloga Ruth Cardoso:

[...] en el momento en que los teóricos franceses, nuestros inspiradores, hablaban de los cambios cualitativos en las funciones del Estado [...], nosotros, Latinoamericanos, para explicar fenómenos similares, estábamos estancados en la crítica del autoritarismo de nuestros gobiernos, dejando de lado las transformaciones substanciales del aparato de Estado (Cardoso Correa Leite, 1983: 219).

Las transiciones democráticas han dado un carácter urgente al análisis en términos de cambios socioculturales que podían dar un sentido a las intervenciones y al compromiso de los intelectuales y universitarios en las luchas políticas. Estos últimos ligaban la construcción de las nuevas instituciones políticas y el liberalismo económico vinculadas con la apertura a las “sociedades civiles”, encarnadas en las organizaciones de movimientos sociales nacidos durante la década precedente. Maria da Glória Gohn estima que, para universitarios ávidos de tomar parte en los procesos de democratización, el análisis cultural de los movimientos sociales constituyó una “guía para la acción”. Es así como ellos los definieron como “elementos estratégicos de una redemocratización del Estado”, en un contexto donde “la producción de conocimiento y la elaboración de estrategias políticas se cruzaron”. Frente a esta exigencia creada por la acción política, un enfoque como el de la movilización de recursos “no tenía el más mínimo sentido”, concluye Maria da Glória Gohn para explicar la ausencia de diálogo entre las dos sociologías de la acción colectiva, que permanecieron ajenas una de la otra (2008: 215-218).

³⁷ Ver, por ejemplo, Fernando Calderón (1995).

Para explicar la pregnancia de estos enfoques, otros fragmentos de hipótesis pueden ser propuestos, aun cuando merezcan ser profundizados en otro momento. Durante el periodo autoritario, el exilio de numerosos universitarios e intelectuales podría haber favorecido la formación de redes sociales que se descubrieron enseguida propicios a la difusión de este posicionamiento, a mitad de camino entre el análisis y la intervención política. Este fenómeno parece haber sido acentuado por la centralidad de ciertas instituciones, consagradas a la investigación, a la enseñanza o a la reflexión sobre las políticas públicas, y que tuvieron un papel central para la difusión del “pensamiento del desarrollo”, en particular en lo que concierne a la relación entre democracia y sociedades civiles. Varios indicios dispersos pueden ser identificados con este propósito. Es notable por ejemplo el papel que, desde los años setenta hasta hoy, ha jugado la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París en la formación de universitarios y en la consolidación de los doctorados en ciencias sociales en los países del Cono Sur, por ejemplo con la puesta a punto de una cooperación de larga duración con la Universidad de Buenos Aires (UBA). Inspirándonos en la perspectiva abierta por Yves Dezalay y Bryant Garth, se podría hacer la hipótesis, que queda por verificar empíricamente, de que los universitarios que pasaron por esta Escuela abordaron ampliamente los movimientos sociales con las herramientas conceptuales de la sociología que allí habían aprendido (Dezalay y Garth, 2002). Se trata entonces de pensar menos en la construcción de “tradiciones nacionales” que en los problemas relativos a la manera como la circulación de las élites universitarias, y su paso por ciertas instituciones, pudo favorecer el predominio de un enfoque científico sobre una cuestión y una región del mundo³⁸.

La inscripción organizacional de los sociólogos que produjeron esta reflexión sobre los movimientos sociales de América Latina quedó marcada, hasta hoy, por la centralidad de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)³⁹, pero sobre todo por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), importantes lugares de paso y de socialización para esas élites. Desde su creación en 1948 en Santiago de Chile, la CEPAL ha influenciado fuertemente el pensamiento sociológico

³⁸ Ver (Heilbron, 2008; Della Faille, 2008). La noción de “tradicional nacional” parece poco adecuada aquí donde los universitarios circulan entre el norte y el sur del continente de manera regular. Además algunos de ellos ejercen en los Estados Unidos después de haber vivido en otros lugares. Por ejemplo, Sonia Alvarez, de origen cubano, enseña en la Universidad de Massachussets, mientras que Arturo Escobar, que enseña en la Universidad de Minnesota, es a la vez colombiano y estadounidense.

³⁹ Creada por la UNESCO en 1957, FLACSO es un organismo de investigación y enseñanza superior, Implantado en 17 países de América latina (<<http://www.flacso.org>>). En 1967, la UNESCO creó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, encargado de promover investigación y enseñanza superior, y de construir vínculos entre centros de investigación en todo el continente (<<http://www.clacso.edu.ar>>).

y las políticas de desarrollo sobre el continente latinoamericano. A partir de comienzos de los años noventa, participó en la difusión de políticas liberales asentadas en una “gobernabilidad democrática”. Esta última asocia las democratizaciones y las reformas de los Estados al refuerzo de las sociedades civiles por la participación y la consolidación del capital social. El vínculo es así directo con un enfoque de los movimientos sociales que los concibe como portadores de un cambio social por lo bajo y por fuera del Estado. Cuna de la sociología latinoamericana, la CEPAL ha constituido un punto de encuentro para numerosos sociólogos, que, como Fernando Henrique Cardoso, trabajaron allí antes del golpe de Estado de 1973 o que pudieron regresar después de 1989. La CEPAL y la red FLACSO pudieron entonces participar en la constitución de una comunidad epistémica, en la construcción de un pensamiento homogéneo sobre los movimientos sociales y, así, en la definición de la agenda y de las opciones políticas⁴⁰.

Posicionados en la frontera entre investigación y acción política, muchos sociólogos y científicos políticos de renombre, cuyo pensamiento sobre los movimientos sociales ha sido ampliamente difundido, pasaron por la CEPAL y por FLACSO. Es por ejemplo el caso del chileno Manuel Antonio Garretón. Salido de una familia influyente en política, él mismo militante de la democracia cristiana antes de 1973, este sociólogo de la Universidad de Chile formado en el EHESS ha sido bastante publicado por la CEPAL y actualmente escribe frecuentemente en la prensa cotidiana chilena. Él estimaba aún en el año 2002 que las movilizaciones en el continente latinoamericano reposaban sobre “nuevas” formas de acción social, participaban en la “redefinición de un modelo de modernidad”, en la afirmación de “sujetos” y se estructuraban alrededor de objetivos democráticos (Garretón, 2002). De su lado, el sociólogo boliviano Fernando Calderón ha trabajado tanto como investigador para CLACSO y como experto en la CEPAL, publicando al mismo tiempo numerosos textos muy citados sobre los movimientos sociales en América Latina, y que se inscriben en un enfoque similar (Calderón, 1995). En cuanto a Ruth Cardoso, esposa del expresidente brasileiro, ella enseñó en FLACSO antes de ocupar una plaza en la Universidad de São Paulo (USP), dirigiendo al mismo tiempo el Centro Brasileño de Análisis y de Planificación (CEBRAP), centro privado de investigación y de intervención política. Muy conocida por sus trabajos sobre los movimientos populares, esta socióloga –que ha colaborado en forma destacada con Sonia Álvarez y Arturo Escobar– asumió la dirección, durante la presidencia de su esposo, del programa federal “co-

⁴⁰ Este extracto debe mucho a las sugerencias e informaciones proporcionadas por Camila Gutierrez Ruiz, a quien doy gracias aquí cordialmente. Sobre las comunidades epistémicas ver Ernst B. Haas (1990).

unidad solidaria” que puso en marcha una política de lucha contra la pobreza apoyada sobre las organizaciones del movimiento popular. Por último, nótese que el informe publicado por el PNUD sobre la democracia latinoamericana en 2004 (Esteves, 2004), que resaltaba la participación ciudadana de las asociaciones independientes de la sociedad civil como condición de la democratización y de la gobernabilidad, fue producido por un grupo de sociólogos entre los cuales se encuentran los nombres citados más arriba, incluyendo las contribuciones de Fernando Calderón, Manuel Antonio Carretón y Alain Touraine, entre otros.

Estos apuntes dispersos e incompletos, a los cuales habría que agregar un análisis de la circulación de los universitarios entre las universidades del norte y del sur de las Américas, sugieren en qué sentido ciertas instituciones como la CEPAL o FLACSO son el corazón de redes sociales multiposicionadas, entre producción científica y acción pública, y participan en la difusión de enfoques conceptuales, de problemáticas y de interpretaciones homogéneas. Indican quizás también en parte por qué los esfuerzos de teorización han sido tan parciales y, finalmente, tan limitados⁴¹.

El predominio de este enfoque de los movimientos sociales en términos de autonomía, de transformación social o de afirmación identitaria tuvo por consecuencia que la baja en la intensidad de las movilizaciones callejeras, a partir de mediados de los años noventa, haya sido entendida como un “reflujo”, mientras que el acercamiento a los partidos de izquierda fuera interpretado como una pérdida de autonomía⁴². Sin embargo, la observación puede indicar también que las movilizaciones que aparecieron a partir de los años setenta no introdujeron siempre rupturas brutales en los sistemas políticos y que a menudo se construyeron en función de una proximidad con las organizaciones militantes “clásicas”. En efecto, por detrás de la cuestión de la autonomía y de las identidades, la hipótesis de una dinámica de interacciones múltiples entre los diferentes actores de la “política contestataria” es la que fundamentalmente parece confirmada, tanto por las trayectorias individuales de los militantes como por su multiposicionalidad o por la convergencia de la protesta hacia ciertas organizaciones⁴³. El predominio de los enfoques identitarios y culturales tuvo por consecuencia que otros procesos fueran poco explorados, tales como la profesionalización política de los militantes, el distanciamiento

⁴¹ Según las precisiones de Joe Foweraker (1995, Introducción).

⁴² “Los movimientos de base pueden desaparecer - y es el caso a menudo - de la escena como actores autónomos una vez que ellos acuerden su apoyo, que hagan alianzas de manera formal, o que, de una u otra manera, dejen su destino entre las manos de los partidos políticos”, estimaba así J. Hellman (1992, pág. 59).

⁴³ Ver Doug MacAdam, Sidney Tarrow, Charles Tilly (2001).

entre dirigentes y simples adherentes en el seno de las organizaciones, las trayectorias de ascenso social de los militantes, e incluso la desmovilización y los caminos de salida de las organizaciones⁴⁴. Es así que la sociología de las organizaciones de la acción colectiva de América Latina está, aún hoy, por enriquecer.

Movimientos sociales, partidos políticos e instituciones

En efecto, la autonomía de los nuevos movimientos sociales, si ella fue real, constituyó más bien una situación temporal, ligada al contexto muy específico y transitorio creado por los cambios de régimen político. Situadas por fuera de los marcos ofrecidos por las izquierdas revolucionarias fragilizadas, inexistentes o descreditadas, las movilizaciones se organizaron inicialmente por fuera, en oposición a las instituciones políticas existentes. En un contexto aún autoritario, pero ya en proceso de liberalización, los movimientos sociales permitieron la expresión de demandas sociales en un contexto en que los sistemas de partidos en proceso de construcción no podían aún asegurar la mediación. La creación de nuevos partidos políticos de izquierda, lejos de constituir una pérdida de autonomía para esos movimientos sociales, ha descansado a menudo sobre su iniciativa. La fabricación de los “partidos-movimientos” como en los casos del Frente Amplio en Uruguay, del PT brasileño, del PRD mexicano e incluso del MAS boliviano, respectivamente a partir de 1971, 1980, 1988 y 1999, permitió a ciertos movimientos sociales pasar a la política, sea como organizaciones, sea a través de los recorridos individuales de sus militantes.

A partir de 2001, Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly, a través de varias publicaciones, propusieron ampliar el campo de observación de la sociología de las movilizaciones teniendo como fundamento la noción de “política contestataria” o de “política del conflicto”, que toma en cuenta las interacciones incesantes entre las esferas institucionales y no institucionales, el entrecruzamiento de los actores, de las identidades y de las movilizaciones, así como los procesos individuales de entrada y de salida de las organizaciones (MacAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Tilly y Tarrow, 2008). La acción colectiva se inscribe entonces en un *continuum*, tanto en términos de redes sociales y de relación entre instituciones, como en términos históricos. Partidos y organizaciones “amigas” forman así un “espacio de movilización” de contornos sociales imprecisos, constituido por redes militantes, en el seno de las cuales los individuos circulan. En su investigación sobre el PRD, Hélène Combes mostró así que la creación de ese

⁴⁴ Para una perspectiva comparada, ver los trabajos reunidos por Olivier Fillieule (dir (2005).

partido en 1989 reposó sobre el acercamiento de actores militantes, venidos de organizaciones diversas: “Más que por difusión territorial, el PRD se construyó por ‘agregación’ territorial alrededor de organizaciones sociales, que se transformaron en verdaderas estructuras de reclutamiento de militantes” (Combes, 2006: 151). Así los militantes salidos de organizaciones opositoras constituían en los años noventa una proporción importante del personal de este partido, ya que, según la autora, en el momento de su creación, solo un cuarto de los dirigentes del PRD no había militado en el periodo anterior y, hasta 1994, el porcentaje de militantes salidos de los movimientos sociales aumentó hasta constituir la mitad de los dirigentes de ese partido. En adelante, la organización, sacudida por intensas luchas entre sus diferentes corrientes, buscó reforzar su cohesión, por ejemplo por la introducción de elecciones internas, con el objetivo de hacer “tomar cuerpo al partido” (Combes, 2006: 237-240 y 340).

En muchos aspectos, la construcción del Partido de los Trabajadores, en Brasil, siguió modalidades comparables a la del PRD. Reunión de múltiples organizaciones del movimiento social y de pequeños partidos de extrema izquierda que se volvieron “tendencias” en su interior, el PT estuvo marcado durante sus veinte primeros años de existencia por grandes dificultades para unificar sus estrategias, sus discursos y su organización. Este partido no surgió de una escisión del único partido de oposición tolerado por el régimen militar hasta la reintroducción del multipartismo en diciembre de 1979, sino de un proyecto político pensado como nuevo⁴⁵. Rechazando el regreso al sistema partidario del periodo republicano de los años 1945-64, los fundadores del PT buscaron traducir, en la acción política, las reivindicaciones pluralistas de los sindicatos independientes nacidos de las huelgas de 1978 y 1979, así como reunir a actores que habían hecho su entrada a la política durante el periodo autoritario. Concebido como un medio estratégico para unir a los opositores más que como un instrumento de mediación de demandas, este partido fue pensado por sus fundadores como un recurso necesario para reunir movimientos fragmentados y para trasladar sus luchas al plan político. Nuestras investigaciones realizadas en el nivel local, en el Estado de Pernambuco en Brasil, confirman que la fundación del PT siguió un proceso “de agregación territorial” comparable a aquel evocado por Hélène Combes a propósito del PRD⁴⁶. Llegando al partido a partir del activismo social, los adherentes del PT conservaron a lo

⁴⁵ Sobre la creación de ese partido ver Margareth E. Keck (1986-1987); sobre la trayectoria seguida por ciertos dirigentes de la oposición legal al régimen militar, ver las entrevistas publicadas por Marieta de Moraes Ferreira et al. (2001).

⁴⁶ Para esta investigación, en el noreste de Brasil, se asociaron entrevistas semi-directivas, archivos de consulta y observación realizada entre 2006 y 2010.

largo de toda su vida militante, un doble compromiso partidario y social. En el caso de los sindicalistas de la compañía regional de hidroelectricidad o de la metalurgia, por ejemplo, el activismo partidario se ancló en movilizaciones llevadas a cabo en el medio profesional y descansó, para su organización, sobre los recursos provistos por los sindicatos, en términos de adhesiones, de logística o de legitimidad. De manera más amplia, se destaca que la organización del PT, con “células” (*núcleos*) implantadas en los lugares de trabajo, reflejó durante sus primeros años, entre 1980 y 1991, el compromiso sindical prioritario de sus miembros. La fundación del PT a comienzos de los años ochenta es evocada por estos sindicalistas como un medio “de ir más lejos”, es decir, de un lado, como manera de reforzar la movilización en el lugar de trabajo a partir de reivindicaciones políticas de orden más general, de otro lado, como medio de ganar representatividad en las instituciones con el fin de acrecentar los recursos disponibles para la acción colectiva. Con relación a este tema, las hipótesis de la “multiposicionalidad” de los militantes y del “*continuum*” de la acción colectiva dan cuenta de las estrategias de los movimientos sociales “de base”, así como de las trayectorias de sus militantes. Ellas sugieren también que la cuestión de la autonomía resulta menos de la estrategia histórica de las organizaciones de protesta que de los discursos, expertos o militantes.

Reflujo y renacimiento de los nuevos movimientos sociales en América Latina. ¿La institucionalización es un fracaso?

A partir de mediados de los años noventa, los observadores de los movimientos sociales latinoamericanos fueron sorprendidos no solamente por la baja en la intensidad de las movilizaciones sino también por las limitaciones importantes de sus conquistas. En efecto, la puesta en marcha de gobiernos representativos no descansó, de inmediato, sobre una democratización profunda de las sociedades, cada vez más y más violentas y desiguales⁴⁷. Una vez que sus demandas materiales fueron satisfechas, las microorganizaciones locales, nacidas en los años ochenta, perdieron, para muchos, su capacidad reivindicativa y movilizadora. Este proceso de desmovilización puede explicarse por múltiples factores, que, por nuestra parte, hemos observado en las barriadas de Río de Janeiro. Primero, la satisfacción de ciertas demandas materiales, expresada por ejemplo por la idea de “ahora, tenemos todo”... En segundo lugar, también cuentan, las fatigas y hastíos asociados a la voluntad de consagrarse más a los asuntos

⁴⁷ Esto es lo que muestran los trabajos publicados por Juan E. Mendel, Guillermo O'Donnell, Paulo Sérgio Pinheiro (Eds) (2000).

privados⁴⁸. A partir de un trabajo de investigación cuantitativo sobre la producción documental de las organizaciones de movimiento social en Brasil, Ana Maria Doimo mostró que la década del noventa había conocido menos movilizaciones que la precedente (Doimo, 1995: cap. 4). Frente a esta erosión, observadores, intelectuales y universitarios de izquierda expresaron desencanto y una desilusión equivalente a las esperanzas que habían puesto, algunos años antes, en las movilizaciones populares. Subrayando sus fracasos y sus fragilidades, muchos lamentaron los límites del cambio social impuesto por “*el movimiento popular*” (en singular), finalmente efímero y marcado por su “*espíritu provinciano*” (Jacobi, 1990). Considerado como una pérdida de autonomía y de identidad, incluso como una inflexión del compromiso, la institucionalización de los nuevos movimientos sociales fue interpretada como su fracaso.

El “*reflujo*” de los nuevos movimientos sociales ha hecho así gastar mucha tinta a partir de mediados de los años noventa. A pesar de la pertinencia de la baja de intensidad de las movilizaciones opositoras nacidas en los años ochenta, este análisis lamentablemente no está completo, al menos por dos razones. Primero, porque descansa sobre la idea de una oposición radical entre movimientos sociales y política institucional; idea que no toma en cuenta ni los logros de los trabajos clásicos sobre la participación política que indican que los individuos comprometidos son también aquellos que tienen la más grande propensión a participar en la política convencional, ni los de la “*complementariedad de la protesta y de la acción política convencional*”, como lo mostró por ejemplo Jack Goldstone (2003: 7). Además, porque una mirada a las trayectorias individuales de los militantes, y a los espacios sociales y políticos que ellos atraviesan, permite atenuar el diagnóstico del “*reflujo*” o del fracaso. Indican en qué medida el ciclo de protesta nacido en los años ochenta, de un lado ocasionó la formación de un nuevo personal político y administrativo⁴⁹, de otro lado permitió el reconocimiento de ciertos derechos fundamentales. Además, los años dos mil mostraron que sin duda ese ciclo de protesta no estaba cerrado.

Remarcamos que el sentido que tomó la institucionalización de los movimientos sociales en los años setenta no es uniforme. En relación a las asociaciones barriales, por ejemplo, dos interpretaciones compiten entre sí. La primera subraya el carácter poco o nada politizado, volátil y heterogéneo de estas microorganizaciones, enfocadas prioritariamente hacia la satisfacción de reivindicaciones materiales localizadas y en

⁴⁸ Esto es lo que nosotros mostramos en Goirand (2000, capítulo 6).

⁴⁹ Problèmes d'Amérique Latine publicó un dossier sobre ese tema: “Le renouvellement du personnel politique (2005-2006).”

beneficio único de sus miembros. En esta perspectiva, institucionalización pudo significar clientelización, casi desmovilización. Pero además, esas organizaciones se insertan en un sistema de acción amplio, construido por la intensa circulación de militantes y por sus posiciones múltiples, entre movimiento social, partidos políticos, administraciones públicas locales y profesionales de ayuda social. Por otra parte, Sydney Tarrow mostró que los ciclos de protesta comienzan, pero también avanzan con cambios en la estructura de las oportunidades políticas. Según él, el fin de los ciclos de protesta está marcado por recomposiciones de la política institucional y, notablemente, por la integración de los dirigentes de los grupos opositores a los sistemas políticos (1994: cap. 1), ya que su nuevo posicionamiento no les impide automáticamente conservar sus antiguas lealtades militantes. Jack Goldstone estima así que “comprender cómo los movimientos sociales dan nacimiento a partidos, diseñan los alineamientos políticos e interactúan con las instituciones de la política ‘normal’; todo esto es esencial para entender las dinámicas políticas” (2003: 12).

En la América Latina de los años dos mil, las victorias electorales de partidos de izquierda construidos en la protesta desde los años ochenta se inscriben en este tipo de proceso (Varios, 2005; Dabène, 2007). En realidad, las dinámicas de esas recomposiciones son múltiples. En primer lugar, una parte de las demandas de derechos de los movimientos populares han sido incorporadas a las agendas políticas nacionales y son objeto, hoy en día, de políticas públicas. Es el caso por ejemplo de las reivindicaciones indigenistas en los países andinos que han adoptado, todos ellos, nuevas constituciones en los años noventa o dos mil y reconocido el carácter “multicultural” de sus naciones (Gros, 2003). En segundo lugar, un número importante de militantes surgidos de movimientos populares entró en la política. Dos exsindicalistas famosos, Evo Morales y Luis Inácio Lula da Silva, dirigen hoy Bolivia y Brasil, por ejemplo. A nivel local, los dirigentes de los partidos de la izquierda se benefician, con el ejercicio de sus mandatos legislativos, con un fuerte arraigo en el seno de los medios asociativos y sindicales⁵⁰. En tercer lugar, una parte de los dirigentes asociativos pudo convertir las competencias adquiridas en las movilizaciones en recursos profesionales, por ejemplo en el seno de las administraciones municipales de izquierda. En la ciudad de Recife en Brasil, que es dirigida desde 2001 por el PT, los antiguos militantes asociativos son numerosos en los servicios municipales encargados de la vivienda social, del planeamiento urbano, o incluso de la elaboración participativa del presupuesto. En fin, en todo

⁵⁰ En lo que concierne al PT brasileiro, en la región del Noroeste, nosotros evocamos esas cuestiones en Goirand (2007).

el continente, la introducción generalizada de las políticas municipales llamadas “participativas” se inscribe también en esta dinámica de recomposición, ya que ella institucionalizó nuevos canales de mediación de las demandas sociales y acentuó la rutinización de los movimientos. Sin embargo, las investigaciones continúan siendo insuficientes sobre la manera como esos dispositivos de participación y de consulta contribuyen a transformar las lógicas del poder local y abren nuevos espacios para la acción política. En suma, las dinámicas de la movilización pasan por esas reconfiguraciones de las relaciones de fuerza locales, por esta doble historia donde las construcciones institucionales se encuentran con las trayectorias individuales, dinámicas cuya observación precisa, a nivel local, todavía queda por hacer.

El análisis de la protesta en los años dos mil

Las publicaciones en ciencias sociales sobre los movimientos sociales de América Latina vieron bajar su ritmo desde fines de los años noventa, al momento mismo que las movilizaciones volvieron a tener una fuerte intensidad y que el ambiente político y social se transformaba radicalmente. Con la liberalización de los regímenes políticos pero también de las economías, no solamente los intereses sino también el marco de las movilizaciones fueron redefinidos. Es esto lo que subrayan precisamente algunos trabajos colectivos publicados desde 2000. Con Susan Eckstein se pueden diferenciar las dinámicas de erosión de aquellas del refuerzo de la protesta. Las primeras conciernen sobre todo el movimiento obrero, que ha seguido su descenso, como lo prueba la baja del número de huelgas a lo largo de los años noventa⁵¹. Mientras que las movilizaciones continúan alejándose de la esfera del trabajo, territorializándose y construyéndose alrededor de la afirmación de identidades culturales (Merklen, 2002), las invasiones de tierra en medio urbano pierden su frecuencia y la Iglesia católica efectúa un regreso hacia la fe y la acción religiosa. Sin embargo, al mismo tiempo, otras movilizaciones parecen seguir dinámicas diferentes y cobrar fuerza: los repertorios de acción colectiva continúan enriqueciéndose, con las largas marchas pacíficas hacia las capitales, como aquella hacia Quito en noviembre de 2002; los movimientos de defensa de los derechos no disminuyen en Chile, ni en Argentina donde obtuvieron la anulación de las leyes de amnistía entre 2003 y 2005; las organizaciones indigenistas mostraron su capacidad de movilización en Bolivia, primero

⁵¹ Para una visión general sobre las movilizaciones en los años 2000, ver Susan Eckstein (2001, págs. 351-406). Ver igualmente el monográfico “The New Politics of Social Movements in Latin America” (2007).

durante la “guerra del agua” en Cochabamba en 2000, luego durante la “guerra del gas” en El Alto en 2003 y después de la elección de Evo Morales a la presidencia en 2006; el descontento con las clases políticas quebrantó los regímenes políticos argentino en 2001 y ecuatoriano en 2004 y en 2007 al grito “¡Que se vayan todos!”, mientras que los mexicanos ocupaban las plazas públicas para manifestar su descontento con el resultado de la elección presidencial o la legitimidad del gobernador del Estado de Oaxaca a partir de julio de 2006... El conjunto de estas movilizaciones se desarrolla en un ambiente renovado, que ofrece múltiples recursos a las organizaciones de acción colectiva. Primero, a pesar de los límites de las democratizaciones, los sistemas políticos nacionales son más favorables a la expresión de sus reivindicaciones y a la mediación de sus demandas, como lo hemos mencionado. Luego, los movimientos nacidos después de los años setenta se insertan cada vez más en redes transnacionales que contribuyen a su legitimación, a la difusión de sus principios y a la construcción de alianzas a múltiples niveles⁵².

En la segunda mitad de los años dos mil, esas movilizaciones fueron objeto de algunas publicaciones, que muestran que la perspectiva identitaria no ha perdido su fuerza. Así como lo deploraba Jon Shefner en 2004 en la revista *Mobilization*, “el modelo de la política de protesta no ha penetrado todavía los trabajos actuales sobre la América Latina” (Shefner, 2004: 220)⁵³, y el enfoque cultural “basista”, defendido por ejemplo por Sonia Álvarez y Arturo Escobar, es aún “tenaz”, cualquiera que haya podido ser el daño impuesto por las políticas neoliberales para la construcción de los derechos sociales, como lo indica el dossier publicado por ejemplo por *Latin American Perspectives* en 2007 o incluso la reciente obra de Yvon Le Bot (Le Bot, 2009; Varios, 2007). Sin embargo, los enfoques teóricos diversificados reemplazan poco a poco al precedente, por ejemplo en los trabajos llevados a cabo por Joe Foweraker y Todd Landman sobre la relación entre movimientos sociales y derechos ciudadanos, por Javier Auyero sobre los saqueos de almacenes en Argentina en 2001 o incluso en el dossier publicado en 2004 por la revista *Mobilization* (Foweraker y Landman, 1997; Eckstein y Wickham-Crowley, 2003; Varios, 2004; Auyero, 2006; Varios, 2010). Para observar estas movilizaciones, parece indispensable no limitarse más a la

⁵² Kathryn Sikkink propone un modelo de análisis a partir de la observación de las movilizaciones alrededor de la justicia transicional en Argentina y en España (2005). Su perspectiva es enriquecida de manera interesante a partir de un estudio de caso, realizado por Julie Stewart (2004).

⁵³ En nuestra práctica pedagógica hemos observado la fuerza de seducción de esta perspectiva para los estudiantes; perspectiva que responde a menudo a su desarraigo frente a la dureza y la violencia de la realidad social en América latina, pero que, al mismo tiempo, refuerza en ellos las confusiones entre discursos militantes y observación científica.

evaluación del impacto, del aporte o del sentido de la protesta y recurrir a otros instrumentos conceptuales y metodológicos de la sociología de la acción colectiva: no solamente la identificación de los recursos y de las estrategias movilizadas por los actores, la observación de las prácticas de la protesta, el análisis de las lógicas de las organizaciones, sino también una mirada a las trayectorias militantes, la reconstitución del espacio social y político ocupado por los movimientos... tantas entradas necesarias para renovar nuestra manera de aprehender los movimientos sociales de América Latina.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, S. y ESCOBAR, A. (Eds.). (1992). *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*. Boulder: Westview Press.
- ASSIES, W. (1994). "Urban Social Movements in Brazil: A Debate and its Dynamics". En: *Latin American Perspectives*, No. 2, Vol. 21, p. 81-105.
- AUYERO, J. (2006). "The Political Making of the 2001 Lootings in Argentina". En: *Journal of Latin American Studies*, No. 2, Vol. 38, p. 241-265.
- BARTHÉLÉMY, M. (2000). *Les associations: un nouvel âge de la participation?* Paris: Presses de Sciences Po.
- BAYART, J.-F., MBEMBE, A. y TOULABOR, C. (1992). *La politique par le bas en Afrique noire: contributions à une problématique de la démocratie*. Paris: Karthala.
- BOSCHI, R. (1987). *A Arte da Associação: Política de base e democracia no Brasil*. São Paulo: Vértice-IUPERJ.
- CALDERÓN, F. (1995). *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*. México: Siglo XXI.
- CARDOSO CORREA LEITE, R. (1983). "Sociedade e politica no Brasil pos 1964". En: SORJ, B. y TAVARES DE ALMEIDA, M. H. (Eds.). *Movimentos sociais urbanos: um balanço crítico* (p. 215-239). São Paulo: Brasiliense.
- CHAZEL, F. (1975). "La mobilisation politique: problèmes et dimensions". En: *Revue française de science politique*, No. 3, Vol. 25, p. 502-516.
- COMBES, H. (2004). *De la politique contestataire à la fabrique partisane. Le cas du PRD au Mexique (1989-2000)*. Paris: IHEAL.
- _____. (2006). "Des militants par intermittence? Le PRD au Mexique (1989-2000)". En: *Critique internationale*, 30, p. 145-160.
- DA COSTA NEVES, P. S. (1999). *L'action syndicale des travailleurs du pétrole à Bahia, Brésil. Pétrole, nationalisme et politique*. Lyon: Université Lyon II.
- DABÈNE, O. (1994). *L'Amérique latine au 20e siècle*. Paris: Armand Colin.
- _____. (2007). *Amérique Latine, Les élections contre la démocratie?* Paris, Presses de Sciences Po, 2007; dossier: "État des lieux des gauches en Amérique latine". Paris: Presses de Sciences Po.
- DAGNINO, E. (1994). "Os movimentos sociais e a emergência de uma nova noção de cidadania". En: DAGNINO, E. (Org.). *Anos 90. Política e Sociedade no Brasil* (p. 103-115). São Paulo: Brasiliense.
- _____. (2003). "Citizenship in Latin America". En: *Latin American Perspectives*, No. 129, Vol. 30(2), p. 211-225.

- DALTON, R. J. y KUECHLER, M. (Eds.). (1990). *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*. Oxford: Polity Press.
- DE MORAES FERREIRA, M. et al. (2001). *Vozes da Oposição*. Rio de Janeiro: FGV.
- DELLA FAILLE, D. (2008). "La production de la connaissance sociologique à propos de l'Amérique latine durant les années 1960 aux États-Unis". En: *Revue d'histoire des sciences humaines*, No. 18, p. 179-201.
- DEZALAY, Y. y GARTH, B. G. (2002). *La mondialisation des guerres de palais. La restructuration du pouvoir d'État en Amérique Latine, entre notables du droit et "Chicago boys"*. Paris: Seuil.
- DOIMO, A. M. (1995). *A vez e a voz do popular: movimentos sociais e participação política no Brasil*. Rio de Janeiro: Relumê-Dumara.
- ECKSTEIN, S. y GARRETÓN, M. A. (Eds.). (2001). *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. Berkeley: California University Press.
- ECKSTEIN, S. y WICKHAM-CROWLEY, T. (Eds.). (2003). *Struggles for Social Rights in Latin America*. New York: Routledge.
- ESTEVEZ, F. (Ed.). (2004). *La democracia en América latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires: PNUD.
- EVERS, T. (1985). "Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America". En: SLATER, D. (Ed.). *New Social Movements and the State in Latin America* (p. 43-73). Amsterdam: CEDLA.
- FILLIEULE, O. (2005). *Le désengagement militant*. Paris: Belin.
- FILLIEULE, O. y PÉCHU, C. (1993). *Lutter ensemble: les théories de l'action collective*. Paris: L'Harmattan.
- FOWERAKER, J. (1995). *Theorizing Social Movements*. Boulder: Pluto Press.
- FOWERAKER, J. y LANDMAN, T. (1997). *Citizenship Rights and Social Movements. A comparative and Statistical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- GAMSON, W. et al. (1982). *Encounters with Unjust Authorities*. Homewood: The Dorsey Press.
- GARRETÓN, M. A. (2002). "La transformación de la acción colectiva en América Latina". En: *Revista de la CEPAL*, No. 76, p. 7-24.
- GOHN, M. G. M. (2008). *Teorias dos movimentos sociais*. São Paulo: Edições Loyola.
- GOIRAND, C. (2000). *La politique des favelas*. Paris: Karthala.
- _____. (2007). "Pratiques partisans et loi électorale au Brésil". En: DABÈNE, O. (Dir.). *Amérique Latine, Les élections contre la démocratie?* (p. 41-77). Paris: Presses de Sciences Po.
- GOLDSTONE, J. A. (2003). "States, Parties and Social Movements". En: GOLDSTONE, J. A. (Ed.). *Bridging Institutionalized and Noninstitutionalized Politics* (p. 1-24). Cambridge: Cambridge University Press.
- GROS, C. (2003). "Demandes ethniques et politiques publiques en Amérique Latine". En: *Problèmes d'Amérique latine*, No. 48, p. 11-29.
- HAAS, E. B. (1990). *When Knowledge is Power. Three Models of Change in International Relations*. Berkeley: University of California Press.
- HABERMAS, J. (1993). *L'espace public: archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*. Paris: Payot.
- HEILBRON, J. (2008). "Qu'est-ce-qu'une tradition nationale en sciences sociales?". En: *Revue d'histoire des sciences humaines*, No. 18, p. 3-14.
- HELLMAN, J. (1992). "The Study of Social Movements in Latin America and the Question of Autonomy". En: ÁLVAREZ, S. y ESCOBAR, A. (Eds.). *The Making of Social Movements in Latin America Identity, Strategy, and Democracy* (p. 52-61). Boulder: Westview Press.
- INGLEHART, R. (1977). *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- _____. (1984). "The Changing Structure of Political Cleavages In Western Society Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?". En: DALTON, R. J., FLANAGAN, S. C. y BECK, A. (Eds.). *Electoral Change in Advanced Industrial*

- Democracies: Realignment or Dealignment?* (p. 25-69). Princeton: Princeton University Press.
- ION, J. (1997). *La fin des militants*. Paris: Éd. de l'Atelier.
- JACOBI, P. (1990). "Movimentos sociais urbanos: os desafios da construção da cidadania". En: *Cadernos do CEAS*, No. 129, p. 34-44.
- KECK, M. E. (1986-1987). "Democratization and Dissension: The Formation of the Workers' Party". En: *Politics and Society*, No. 1, Vol. 15, p. 67-95.
- KLANDERMANS, B. (1986). "New Social Movements and Resource Mobilization: The European and the American Approach". En: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, No. 2, Vol. 4, p. 13-37.
- KRISCHKE, P. (1991). "Church Base Communities and Democratic Change in Brazilian Society". En: *Comparative Political Studies*, No. 2, Vol. 24, p. 186-210.
- LE BOT, Y. (2009). *La grande révolte Indienne*. Paris: Robert Laffont.
- LECHNER, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia: subjetividades y política*. Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- LEVINE, D. y MAINWARING, S. (2001). "Religion and Popular Protest in Latin America: Contrasting Experiences". En: ECKSTEIN, S. (Ed.). *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements* (p. 203-239). Berkeley: California University Press.
- LEVITSKY, S. y MAINWARING, S. (2006). "Organized Labor and Democracy in Latin America". En: *Comparative Politics*, No. 1, Vol. 39, p. 21-42.
- MACADAM, D., TARROW, S. y TILLY, C. (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MACCARTHY, J. D. y ZALD, M. N. (1977). "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". En: *The American Journal of Sociology*, No. 6, Vol. 82, p. 1212-1241.
- MAIR, P., MÜLLER, W. y PLASSER, F. (Eds.). (2004). *Political Parties and Electoral Change. Party Responses to Electoral Markets*. Londres: Sage.
- MARCH, J. G. y SIMON, H. A. (1988). *Organizations*. Blackwell: Cambridge (Mass).
- MARQUES-PEREIRA, B. y RAES, F. (2002). "Trois décennies de mobilisations féminines en Amérique Latine". En: *Cahiers des Amériques Latines*, No. 1, Vol. 39, p. 17-36.
- MCADAM, D. (1988). *Freedom Summer*. Oxford: Oxford University Press.
- MELUCCI, A. (1983). "Mouvements sociaux, mouvements post-politiques". En: *Revue internationale d'action communautaire*, No. 10, Vol. 50, p. 13-30.
- _____. (1985). "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements". En: *Social Research*, No. 4, Vol. 52, p. 789-816.
- MENDEL, J. E., O'DONNELL, G. y PINHEIRO, P. S. (Eds.). (2000). *Democracia, violencia e injustiça. O Nao-Estado de Direito na América Latina*. São Paulo: Paz e Terra.
- MERKLEN, D. (2002). "Le quartier et la barricade: le local comme lieu de repli et base du rapport au politique dans la révolte populaire en Argentine". En: *L'homme et la société*, No. 143-144, p. 143-164.
- _____. (2006). "Une nouvelle politicit  pour les classes populaires. Les piqueteros en Argentine". En: *Tumultes*, No. 27, p. 173-201.
- OBERSCHALL, A. (1973). *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- OFFE, C. (1985). "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics". En: *Social Research*, No. 4, Vol. 52, p. 817-868.
- OLSON, M. (1992). *La l gica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teor a de los grupos*. México: Limusa.
- ONDETTI, G. (2006). "Repression, Opportunity and Protest: Explaining the Takeoff of Brazil's Landless Movement". En: *Latin American Politics and Society*, No. 2, Vol. 48, p. 61-96.
- OXHORN, P. (1998). "Is the Century of Corporatism Over? Neoliberalism and the Rise of Neopluralism". En: OXHORN, P. y DUCATENZEILER, G. (Eds.). *What Kind of Democracy? What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism* (p. 195-217). University Parc: The Pennsylvania State University Press.

- SADER, E. (1991). *Quando novos personagens entraram em cena: experiências de lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo (1970-80)*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- SCHEFNER, J. (2004). "Current Trends in Latin American Social Movements". En: *Mobilization*, No. 3, Vol. 9, p. 219-222.
- SIKKINK, K. (2005). "Transnational Protest and Global Activism". En: DELLA PORTA, D. y TARROW, S. (Eds.). *Patterns of Dynamic Multilevel Governance and the Insider-Outsider Coalition Transnational Protest and Global Activism* (p. 151-173). Lanham: Rowman and Littlefield.
- SLATER, D. (1985). *New Social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam: CEDLA.
- _____. (1994). "Power and Social Movements in the Other Occident, Latin America in an International Order". En: *Latin American Perspectives*, No. 2, Vol. 21, p. 11-37.
- SNOW, D. et al. (1986). "Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation". En: *American Sociological Review*, No. 4, Vol. 51, p. 464-548.
- STEWART, J. (2004). "When Local Troubles Become Transnational: The Transformation of a Guatemalan Indigenous Rights Movement". En: *Mobilization*, No. 3, Vol. 9, p. 259-278.
- SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblios.
- SWORDS, A. (2007). "Neo-Zapatista Network Politics. Transforming Democracy and Development". En: *Latin American Perspectives*, No. 2, Vol. 34, p. 78-93.
- TARROW, S. (1994). *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TILLY, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Addison-Wesley: Reading.
- TILLY, C. y TARROW, S. (2008). *Politique(s) du conflit. De la grève à la révolution*. Paris: Presses de Sciences Po.
- TOURAINÉ, A. (1985). "An Introduction to the Study of Social Movements". En: *Social Research*, No. 4, Vol. 52, p. 769-787.
- _____. (1988). "Existe-t-il des mouvements urbains". En: TOURAINÉ, A. *An Introduction to the Study of Social Movements* (No. 4, Vol. 52, p. 240-258). Paris: Odile Jacob.
- VARIOS. (2004). "Latin America: Democracy, Globalization, and Protest Culture". En: *Mobilization*, Vol. 9.
- _____. (2004-2005). "Gauches de gouvernement, gauches de rejet". En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 55.
- _____. (2005). "État des lieux des gauches en Amérique latine". En: *Revue internationale de politique comparée*, No. 3, Vol. 12.
- _____. (2005-2006). "Le renouvellement du personnel politique". En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 59.
- _____. (2007). "The New Politics of Social Movements in Latin America". En: *Latin American Perspectives*, No. 2, Vol. 34, p. 5-16.
- _____. (2010). "Répertoires d'action collective en Amérique latine". En: *Revue internationale de politique comparée*, No. 2, Vol. 17.
- VERAN, J.-F. (2005). *L'esclavage en héritage (Brésil): le droit à la terre des descendants de marrons*. Paris: Karthala.
- WALLE, M. (2003). "Des femmes dans les mouvements pacifistes en Allemagne fédérale (1979-1983). Pour quelle paix? Contre quelle guerre?". En: *Guerres mondiales et conflits contemporains*, No. 210, p. 65-76.
- WICKHAM-CROWLEY, T. (1991). "A Qualitative Approach to Latin American Revolutions". En: *International Journal of Comparative Sociology*, No. 1-2, Vol. 32, p. 82-109.
- WICKHAM-CROWLEY, T. y ECKSTEIN, S. (2010). "Economie et sociologie politique de l'activisme et des répertoires en Amérique latine". En: *Revue internationale de politique comparée*, No. 2, Vol. 17.